

DISCURSO DEL NUEVO DOCTOR HONORIS CAUSA D. MIGUEL DELIBES DE CASTRO

MAMÍFEROS EN SOCIEDAD

He de comenzar expresando mi reconocimiento por la distinción que me otorgan invistiéndome como Doctor *Honoris Causa* por esta Universidad de Málaga. Lo entiendo como el más alto galardón académico a que un investigador puede aspirar. Algo, a buen seguro, muy por encima de mis merecimientos. Por eso estoy convencido de que las viejas razones del corazón, a que aludía Pascal, han tenido mucho que ver con su generosa disposición para invitarme a formar parte, con ustedes, de este Claustro. Tiempo tendré de volver sobre ello.

Muchas y emocionadas gracias, pues, a la Excm. Sra. Rectora y al Claustro de la Universidad de Málaga, que han aprobado y refrendado la propuesta que les hizo llegar la Facultad de Ciencias a iniciativa del Departamento de Biología Animal. Muchas gracias a todos los miembros de este Departamento, y en particular a quienes dentro del mismo concibieron la idea. Muchas gracias a las instituciones universitarias que apoyaron la propuesta. Y muchas gracias, por fin, a los claustrales que hoy me arropan con su presencia, así como a los familiares y amigos que han tenido a bien acompañarme en este acto.

Si mujeres y hombres nos sentimos a gusto formando parte de un grupo, si nos ilusiona ser invitados a integrarnos en otro antes ajeno, es porque somos animales sociales. No es frecuente, por más que a los humanos nos parezca lo más natural. Entre los estudiosos del comportamiento animal que recibieron el Premio Nobel de Medicina en 1973 se contaba Karl von Frisch, nacido en

Viena pero muy ligado a Munich. Trabajó con insectos sociales y descubrió, entre otras muchas cosas, la "danza de las abejas", esa complicada manera en la que unas obreras informan a otras de dónde hay comida. Cuando una abeja descubre un recurso abundante no guarda el secreto, sino que advierte a las demás para que lo aprovechen. Porque la esencia de la vida en grupo es la cooperación. Muchas especies de abejas, hormigas y termitas son insectos eusociales, el más alto grado de sociabilidad entre los animales. Sus grupos incluyen diferentes castas que se reparten el trabajo, pero sólo alguna cuenta con individuos reproductores, aunque todos colaboren en la crianza de la prole.

Lo más parecido al comportamiento de los insectos eusociales que conocemos entre los vertebrados se da en dos especies de mamíferos, el grupo faunístico al que ustedes y yo pertenecemos, a cuyo estudio he dedicado gran parte de mi vida, y el que más me ha unido a la Universidad de Málaga. Se trata de las ratas-topo lampiñas, del género *Heterocephalus*, y la rata-topo de Damara, del género *Fucomys*. Centrándome en las primeras, no son animales agradados, pero pasan su vida bajo tierra, apenas pueden ver, y sin duda, a su manera, ellas se encuentran atractivas. En todo caso, sus características y forma de vida son particulares, y en ocasiones envidiables. Por ejemplo, no experimentan dolor en la piel y parecen resistentes al cáncer. Pero su peculiaridad más destacada es que, en sus colonias de hasta 200 ejemplares, sólo una hembra, la reina, extraordinariamente longeva para tratarse de un pequeño roedor, se reproduce con dos o tres machos, mientras que los restantes individuos, de tamaño desigual, se dedican a abrir y limpiar las galerías subterráneas, acarrear alimento y cuidar a las crías.

Las ratas-topo lampiñas suponen una excepcional convergencia en comportamiento entre los vertebrados, en particular los mamíferos, y las hormigas y abejas. Dentro de la Clase Mammalia es mucho más frecuente, sin embargo, la vida relativamente solitaria, sin apenas más interacciones sociales que las relacionadas con el sexo en la época de reproducción, o las que ligan a madres e hijos. Pero he dicho “apenas” por algo, pues con frecuencia también existen interacciones, generalmente tensas, entre vecinos. El lince ibérico, a cuyo estudio he dedicado mucho esfuerzo, puede ser un buen ejemplo de este tipo de vida social, sin pretender entrar en honduras. Los machos adultos son solitarios y territoriales, pero identifican a sus vecinos por sus marcas olfativas y generalmente los respetan; dentro del territorio de cada macho hay una o más hembras, también territoriales entre sí y viviendo en soledad, excepto cuando tienen cachorros. Aunque llamamos a los lince félidos solitarios, la suya es una estructura social relativamente complicada.

Las relaciones sociales entre conspecíficos son un paso más complejas en aquellas especies que, temporalmente o de forma duradera, viven en parejas monógamas aisladas. Estos casos no son frecuentes entre los mamíferos, aunque se dan habitualmente en topillos del género *Microtus*, por ejemplo. Más habitual es la formación de grupos, ya sean rebaños entre los ungulados, manadas en los leones o tropas entre los cetáceos. Los integrantes de un grupo obtienen ventajas por vivir junto a otros. A veces, esas ventajas son tan simples como compartir un refugio escaso, algo que ocurre a los millares, si no millones, de murciélagos que pueden ocupar una cueva. En otras, se trata de aprovechar un alimento local o temporalmente abundante, o detectar y escapar con éxito de los depredadores, como les pasa a muchos ungulados. Los

grandes cazadores sociales, que incluyen leones y lobos, pero también orcas, consiguen cazar más y mejor gracias a la manada.

Los estudiosos discrepan acerca de si la cooperación entre los animales debería ser interpretada como una adaptación generada a escala de grupo (lo que resulta difícil de explicar con los parámetros neodarwinistas), o más bien como una especie de consenso, diríamos, o, si lo prefieren, como el menos malo de los acuerdos, entre los intentos de cada individuo por maximizar su propio éxito reproductor, ya sea directamente, ya a través de sus parientes (lo que se ha llamado "aptitud, o eficiencia biológica, inclusiva"). En todo caso, nadie duda de que si la sociabilidad ha evolucionado en el Reino Animal es porque, en determinados casos y condiciones, los beneficios de asociarse con otros superan a los costes.

¿De qué forma ha evolucionado *Homo sapiens* como animal social? Las sociedades humanas han dilatado los límites propios de las sociedades animales, puesto que, habitualmente (o así debería ser), mujeres y hombres generamos normas para evitar el abuso del fuerte sobre el débil, favorecemos la cooperación entre miembros del grupo, aunque no tengan relación de parentesco entre sí, alentamos el trabajo colectivo, e incluso alumbramos, con no poca frecuencia, empresas comunes que implican elevadas dosis de auto-sacrificio. Seguramente estas pautas han sido favorecidas por la selección natural, en el último par de millones de años, porque iban asociadas a nuestra capacidad de aprender de los otros y de transmitir lo aprendido. En definitiva, a la cultura, que al menos en grado incipiente también puede reconocerse en otras especies de mamíferos, como los chimpancés y algunos delfines.

No es casualidad, ciertamente, que los hábitos culturales tiendan a aparecer en especies sociales y con facultades cognitivas elevadas. El primatólogo Frans de Waal relaciona la capacidad de aprender de los demás con la empatía, el reconocimiento en otros de sensaciones y sentimientos que nosotros mismos podemos experimentar, lo que nos mueve a identificarnos con ellos. Partiendo de la empatía habrían surgido en el proceso evolutivo la cooperación y el altruismo humanos. Puesto que somos capaces de ponernos en el lugar de los otros, podemos tratarlos como nos gustaría ser tratados.

Sólo esa bondad intrínseca del humano como mamífero que vive en sociedad, esa disposición a hermanarse, explica que Málaga me regale hoy, a través de su Universidad, este preciado honor. Porque Málaga ya me había dado, previamente, mucho más que yo a ella. Principalmente a través de dos vías en gran medida independientes: Álora, por un lado, y la SECEM, Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos, por otro.

Hace prácticamente medio siglo, al viajar a Madrid para estudiar, me hice amigo del Perote. En realidad es Juan Calderón, pero es de Álora, así que cuando, en el colegio mayor, le preguntaron "¿Cómo se llama a los de tu pueblo?", y respondió "Perotes", quedó rebautizado para siempre. Naturalistas de afición y fascinados por Rodríguez de la Fuente, Juan y yo decidimos hacernos cetreros. No lo conseguiríamos, pero nuestra ingenua búsqueda de halcones en los farallones más inaccesibles nos llevaría, entre otros lugares, al Chorro y el Desfiladero de los Gaitanes, donde recorrimos parte del Caminito del Rey. Tras aquella primera vez, volví a Álora a menudo. Con las familias Calderón Rubiales y Pérez García aprendí lo que es la hospitalidad andaluza y mucho de lo que es la propia Andalucía. Fui padrino en la boda perota de Juan

y Matilde, y actué como chófer para llevar alguna novia al imprescindible monasterio de Flores. En Semana Santa, seguí a los legionarios al castillo y evité inclinarme por Jesús o Dolores para no reñir con nadie. Conocí la "cultura" del limón y escuché cantar verdiales y malagueñas cuneras. Perseguimos perdices en Sierra de Aguas, y hasta descubrimos a los halcones, que habíamos buscado más lejos, en el propio monte del Hacho, sobre las casas del pueblo. Al final del verano de 1972, casi al tiempo en que nacía oficialmente la Universidad de Málaga, me trasladé a vivir a Andalucía, en concreto a Doñana, adonde el Perote lo haría un año más tarde. Desde entonces, y hasta hoy, hemos trabajado y compartido muchas responsabilidades juntos, día a día, así que cuando nos visita algún antiguo amigo, Juan me comenta con picardía: "¿Por qué todos habrán cambiado tanto menos tú y yo, que estamos igual?"

La Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos no puede entenderse, ni existiría, sin la Universidad de Málaga y, en particular, el Departamento de Biología Animal de la Facultad de Ciencias. A principios de los años ochenta del siglo pasado llegó desde Barcelona el profesor Sans-Coma, entonces volcado en el estudio de los micromamíferos. Pronto se aglutinaría a su alrededor un grupo de jóvenes, a veces procedentes de otras disciplinas, para dedicarse a la mastozoología. Por entonces me invitaron a dictar una clase, y algo después, en 1986, disfrutamos juntos el primer e inolvidable anillamiento de flamencos en Fuentedepiedra. En 1989 un grupito de profesores y yo coincidimos, junto a otros colegas, en una Bienal de la Real Sociedad Española de Historia Natural, en Sevilla. Almorzando en el restaurante Jerymar, de la calle Reina Mercedes, decidimos formar una sociedad de mamíferos. Como uno era el menos joven del grupo, le

propusieron como futuro presidente, pero el vicepresidente y el secretario serían malagueños, los profesores Juan Mario Vargas y Luis Javier Palomo.

El profesor Mario Vargas ha hecho hoy el discurso de *Laudatio*. Muchos de ustedes habrán echado de menos una referencia a él en mis agradecimientos anteriores: “¿Cómo no menciona a Mario, que ha ensalzando sus méritos hasta la exageración?”. Estaba previsto hacerlo ahora. Que Mario es un magnífico investigador y un gran profesor lo acreditan su *curriculum vitae*, sus alumnos y también mi hijo Miguel, que disfrutó con él, en esta Universidad, de un contrato postdoctoral. Pero es, además, muchas otras cosas. Por ejemplo, me ha nutrido a menudo con sus palabras, pues es un estupendo escritor, también con sus ideas sobre la cacería y la gestión de la naturaleza y, más literalmente, lo ha hecho con sus guisos, que son de chuparse los dedos. ¿Cómo olvidar, entre tantos otros inolvidables, las alubias con perdiz de Islandia? Porque con Mario hemos viajado a Islandia llevando la bicicleta, y hemos paleado en kayak por Groenlandia y Baja California. Representa para mí, pues, mucho más que un colega. Junto a Paqui, es un amigo cercano, y así lo consideran, asimismo, otros miembros de mi familia.

El profesor Luis Javier Palomo, Javivi, es tal vez el hombre más íntegro, desinteresado, paciente, noble y trabajador que uno haya conocido nunca. Se esfuerza tanto ayudando a los demás, que a veces cuesta trabajo entender sus motivaciones. Por eso, en una ocasión, un compañero comentó, medio en broma, que quizás fuera santo, o un ángel, y que la propia existencia de la SECEM, que él tiene dentro de su cabeza, sería uno de sus milagros. Javivi investiga los micromamíferos de Doñana, monta sondeos de nutrias y ratas de agua y, en general, ofrece garantías de éxito para organizar y gestionar

cualquier empresa colaborativa. Llevar casi un cuarto de siglo trabajando a su lado es un honor y sigue siendo un placer.

En 1991 había nacido oficialmente la Sociedad y en 1993 organizamos, en gran medida desde la Universidad de Málaga, el primero de nuestros ya once congresos bienales, que se celebró en Mollina (Málaga). Asistieron muchos jóvenes profesores, doctorandos y estudiantes malagueños, con un buen número de voluntarios. Estaba entre ellos María del Carmen Fernández, Mamen, andaluza del mar que mantiene un rinconcito del alma anclado en la Costa da Morte. Todos lo bueno que uno atribuya a Mamen, estudiante interna, luego doctora en la Facultad de Ciencias, y hoy trabajadora para la SECEM, quedaría por debajo de lo que merece.

No puedo citar los nombres de todos los miembros de la Universidad de Málaga que desinteresadamente han colaborado con la SECEM a lo largo de sus 23 años de vida. Ni siquiera los de aquellos que recuerdo mejor, pues son legión. En representación del conjunto, mencionaré, junto a los ya citados, a tres que, en uno u otro momento, han formado parte de la Junta Directiva. Son José Miguel Ramírez, José Carlos Guerrero y Raimundo Real.

Les decía antes que la empatía, ese producto tardío de la evolución que nos permite ponernos en el lugar de los otros, es en gran medida una peculiaridad del ser humano. En oportuna reciprocidad, nos sirve también para colocar a los demás donde nosotros estamos. Yo me encuentro hoy, ahora, en una situación privilegiada, y me gustaría que todos mis amigos perotes, y los casi mil miembros de la Sociedad Española para la Conservación y el Estudio de los Mamíferos, la compartieran conmigo. A ellos está dedicada.

Por fin, permítanme expresar públicamente mi agradecimiento a toda mi familia, en especial a Isabel, Miguel y Rocío, así como a la Estación Biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el instituto donde he desarrollado toda mi carrera investigadora. Desde su creador, el Dr. José Antonio Valverde, a los compañeros de las primeras épocas, cuando vivíamos en la Reserva, y el actual “grupo de carnívoros”, que aglutina Sofía, todos me han llevado, casi sin darme cuenta, a ser lo que soy. También quiero mencionar a mis becarios y doctorandos, que me enseñaron mucho y que, por desgracia, encuentran hoy enormes dificultades para desarrollar una carrera investigadora. Ellos, y otros parecidos, son el futuro de la ciencia española, que no debería perderlos.

Termino como empecé. Este nombramiento me hace feliz, no tanto porque me considere importante, sino porque me siento querido. En el fondo, tal vez a eso aspiramos todos los humanos. De modo que en tal sentido debo entender mi carrera como un éxito, pero les ruego que también ustedes se sientan triunfadores, porque yo también les quiero. Muchas gracias.